

La zona de toboganes

Por Mariana Alejandra Terrones López

Valentina miraba las puntas rosadas de sus tenis moverse hacia adelante y hacia atrás. Adelante y atrás, adelante y atrás, adelante... y atrás. Unas lucecitas rosas y moradas se prendían cuando golpeaba las puntas. Podía escuchar a las demás niñas cuchichear y reírse y los secadores de manos activándose, que a Valentina le sonaban más bien como turbinas de cohete. Después de un silencio consolador, se incorporó en la taza y sus tenis rosas bailaban y brillaban de nuevo. Valentina era muy pequeña para su edad, o eso le habían dicho; cuando se sentaba en una silla (o baño) sus pies apenas rozaban el piso, así que ella los hacía bailar adelante y atrás. Fue hasta este silencio obvio que Valentina bajó de la taza y abrió la puerta del cubículo para encontrarse unos lavabos desiertos. Con un suspiro de alivio abrió la llave de un lavabo y se enjuagó las manos. Le habían quedado algo rojas de tanto aplaudirle al payaso y la fresca sensación del agua le trajo de vuelta algo de tranquilidad. Valentina miró la puerta del baño y dudó. Al principio había sido divertido: la música, el payaso, los dulces, los demás niños. Pero no le gustaron los cañones de confeti, ni los golpes a la piñata, ni el perro en el tobogán. Al principio escuchó sus ladridos y lloriqueos, como si algo le hubiera pasado, pero cuando Valentina se acercó para ver, los lloriqueos fueron reemplazados por gañidos y fuertes ladridos que sonaban como gritos; la niña corrió a esconderse a los baños. Valentina no se asustaba tan fácilmente, pero un perro en los toboganes... Valentina se convenció y salió del baño.

El salón de fiestas era colorido y las risas y gritos de los niños casi ahogaban por completo la alegre música que salía de bocinas muy bien escondidas. Valentina caminó rápidamente por el enorme salón, sus tenis brillando con cada paso, evitando ser atropellada por los niños más grandes y procurando no voltear a la zona de toboganes, que se encontraba inusualmente oscura y callada. Cuando llegó a la mesa donde estaba su mamá ya estaba corriendo. -Mamá, ¿cuánto falta? -. Su madre la miró preocupada. - ¿No te estás divirtiendo amor? Creí que estabas con Lucy.-. Valentina se torció el borde de su camiseta. -Es que se fue con otros niños. - Su mamá la miró expectante, como quien busca una mejor explicación. Valentina soltó un ruidito de desesperación. -Hay un perro en los resbaladeros. - murmuró. La mamá de

Valentina la miró extrañada. - ¿Un perro? No dejan entrar animales amor. ¿Segura que no era algún niño jugando? -. Antes de que Valentina pudiera explicar a qué se refería, las bocinas hicieron un ruido tan fuerte que la niña se tapó los oídos de golpe. Le recordó al perro. La multitud exclamó un quejido de irritación y la bocina comenzó a agudizarse hasta que solo quedó un leve zumbido. - ¡Va a empezar el show Valentina! -. Su madre le palmeó la espalda mientras la empujaba suavemente hacia el centro del salón, donde una pequeña multitud de niños se estaba formando, -Ve a sentarte con los demás y participa. ¡A lo mejor te ganas algo! -. Valentina no quería ir, pero su mamá la empujó lo suficiente para verse atrapada en un mar de niños que corrían a sentarse en primera fila mientras un humo de colores llenaba el centro del salón.

Para cuando Valentina pudo sentarse, una alegre melodía estalló en las bocinas y los niños explotaron en vítores y gritos de emoción, algunos hasta bailando. Valentina se tapó los oídos de nuevo. De pronto, una alta figura salió de detrás de unas improvisadas cortinas y los niños gritaron aún más. Era Rusty, el Labrador de Oro. Valentina ya había escuchado de él porque ese salón de fiestas se había vuelto muy popular últimamente, sin embargo, había escuchado a unas niñas en el baño diciendo que debajo del disfraz dorado solo se encontraba un viejo triste que mendigaba dinero. A pesar de esto, Valentina no pudo evitar emocionarse cuando Rusty sacó de detrás de la misma cortina por la que había salido una bolsa llena de premios y juguetes que al golpearse sonaban como miles de pequeñas manos aplaudiendo. El alegre perro comenzó a bailar y a palmear con el ritmo de la música, y pronto todos los niños se le unieron, hasta Valentina.

El tiempo pasó; jugaron a las sillas, enanos y gigantes, simón dice y congelados, pero Valentina no ganó nada. Quería desesperadamente uno de los premios de la bolsa y su frustración crecía cada vez que un niño metía la mano y sacaba un resorte, una pistolita o unas burbujas. Ya muchos niños se habían ido a mostrarles a sus papás sus premios y a estrenarlos, por lo que quedaban solo unos cuantos por ganar. El siguiente juego eran las escondidas, y Valentina se propuso salir victoriosa. En cuanto Rusty se volteó para contar, Valentina salió disparada en dirección a las mesas de papás y se escondió debajo del mantel de la más cercana, sobresaltando un poco a una señora que estaba sentada ahí. Soltó una risita, pero se cubrió la boca

rápidamente. Tenía que ser silenciosa, si Rusty la escuchaba la encontraría y no ganaría nada. Valentina contuvo la respiración mientras Rusty terminó de contar y se volvió de golpe, buscando a los escondidos. En cuanto estuvo lo suficientemente lejos de Valentina y la base, la niña salió de golpe de su escondite y corrió hacia la viga lo más rápido que pudo. Podía ver sus tenis rosas activando sus lucecitas, escuchar vítores detrás de ella y la voz de Rusty diciendo - ¡Ahí estás! - pero ella siguió corriendo. Y de repente ¡PUM!, Valentina se estampó de cara contra la viga base y se cayó de sentón. Un murmullo colectivo de dolor se escuchó entre los padres viendo el show, pero Valentina se paró rápidamente, puso la mano extendida sobre la viga y gritó - ¡UN DOS TRES POR MÍ! -. Los papás aplaudieron y un empleado del salón con cara de sueño metió la mano a la bolsa, la movió un poco y sacó de ella un pedazo de plástico en forma de cono para extenderse a Valentina. A Valentina le hubiera gustado escoger su propio juguete, pero estaba maravillada. Había ganado, había ganado un premio ella sola. Tomó el pedazo de plástico y salió corriendo, riendo, hacia una zona más callada para examinar su premio.

...

Era uno de esos juguetes tipo balero que tenían forma de conos de helado con una bola de espuma arriba que si presionabas un botón salía disparada del cono para detenerse un segundo después, ya que estaba amarrada con un cordón. Valentina estaba fascinada con su premio. Una y otra vez presionó el botón para ver a la bola de nieve volar y detenerse de golpe, volar y detenerse, volar y detenerse, y cada vez que lo hacía una risita salía de ella. Presionó el botón una vez más y la bola voló, pero esta vez no se detuvo. El cordón con el que estaba atada se despegó del cono y la bola siguió su curso. Valentina se incorporó de golpe y vio como la bola rebotaba un par de metros más adelante y rodaba hasta llegar a una zona llena de niños. La niña corrió detrás del juguete, se hizo paso entre los niños y de vez en cuando veía la bola en el piso, solo para ser pateada por un par de tenis y desaparecer de nuevo. Por fin alcanzó a verla, pero cuando se acercó para tomarla accidentalmente la pateó con sus propios tenis y esta rodó y rodó hasta que se adentró en una zona particularmente oscura. Valentina corrió detrás, pero se detuvo de golpe. La bola había dado a parar a la zona de toboganes.

Toda esa zona estaba completamente vacía y el contraste entre la ruidosa zona de la que venía y el frío silencio de los toboganes hizo que Valentina se estremeciera. Ahí estaba el perro, ahí lo había oído. Valentina dio un paso atrás, dispuesta a salir corriendo de nuevo, pero sus tenis brillaron con su paso y la niña se detuvo a pensar, contemplándolos. Su mamá había dicho que no permitían perros en el salón, por lo que no debería haber nada ahí. A lo mejor le había llegado un ruido de afuera, tal vez había una ventana. Sí, seguro era eso. No podía haber perros ahí, era tonto. Además, su premio estaba ahí adentro, el premio que ella se había ganado por su propio esfuerzo. Valentina ensanchó el pecho y con una mirada de resolución se introdujo en la zona de toboganes.

Para entrar a la zona principal de donde salían todos los toboganes, Valentina tenía que trepar por uno con agarraderas de tela, pero al meter la cabeza al gran tubo de plástico la sacó igual de rápido. Con el rabillo del ojo había captado algo, algo que la hizo lloriquear de miedo. No se volvió para ver que era y trepó por el tubo de plástico lo más rápido que pudo, todo el tiempo sintiendo que había algo detrás de ella. Sus lloriqueos se convirtieron en llanto y cuando por fin llegó al otro lado, sus mejillas estaban empapadas en lágrimas. Esperó unos segundos, sollozando quedamente para ver si algo salía del agujero del que ella misma acababa de salir, pero nada sucedió. Valentina dio una patada y sus tenis iluminaron levemente la abertura; nada a la vista. La niña se tragó otro sollozo e intentó tranquilizarse. *No pasa nada, no hay nada. No hay perros, no hay perros, no hay perros...* Sus pensamientos se vieron interrumpidos por algo; una cosa redonda que salió de la oscuridad detrás de ella, rodando en su dirección. Valentina se quedó quieta. Era la bola de espuma que estaba buscando, su premio. Pero Valentina no sintió alivio ni felicidad, se quedó tan quieta que habría ganado en el juego de congelados. Detrás de la bola de espuma, una sombra extraña comenzó a arrastrarse por el tobogán, hacia ella. Valentina quería correr, pero no podía. Sentía como si sus venas se hubieran congelado y lo único en ella que se movía eran sus lágrimas resbalando por su barbilla hasta el suelo del tobogán. Era Rusty. La máscara dorada se asomó a la luz que generaban los tenis de Valentina, y esta no se movió hasta que los tenis se apagaron y quedó a oscuras con Rusty. Valentina salió de su estupor y juntó suficientes fuerzas para patear el suelo y prender de nuevo sus tenis, pero lo que vio la dejó sollozando una vez más. Solo era la máscara de Rusty. Detrás de esta había algo más, algo mal. Valentina no

podría describirlo, aunque quisiera. Algo malo, algo muy malo. Valentina inhaló bruscamente y la figura comenzó a incorporarse en el estrecho espacio. Sonidos de chasquidos y crujidos llenaron el silencio y Valentina no pudo hacer más que ver. Nuevamente las luces de los tenis se apagaron y Valentina, en un acto de rebeldía final, dio otra patada para ver a la figura. Esta vez podía verla con claridad. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Las risotadas y gritos de los niños jugando junto con la música jovial ahogaron por completo los chillidos de Valentina, y tampoco se escuchó el brusco y repentino silencio que llegó después.

FIN